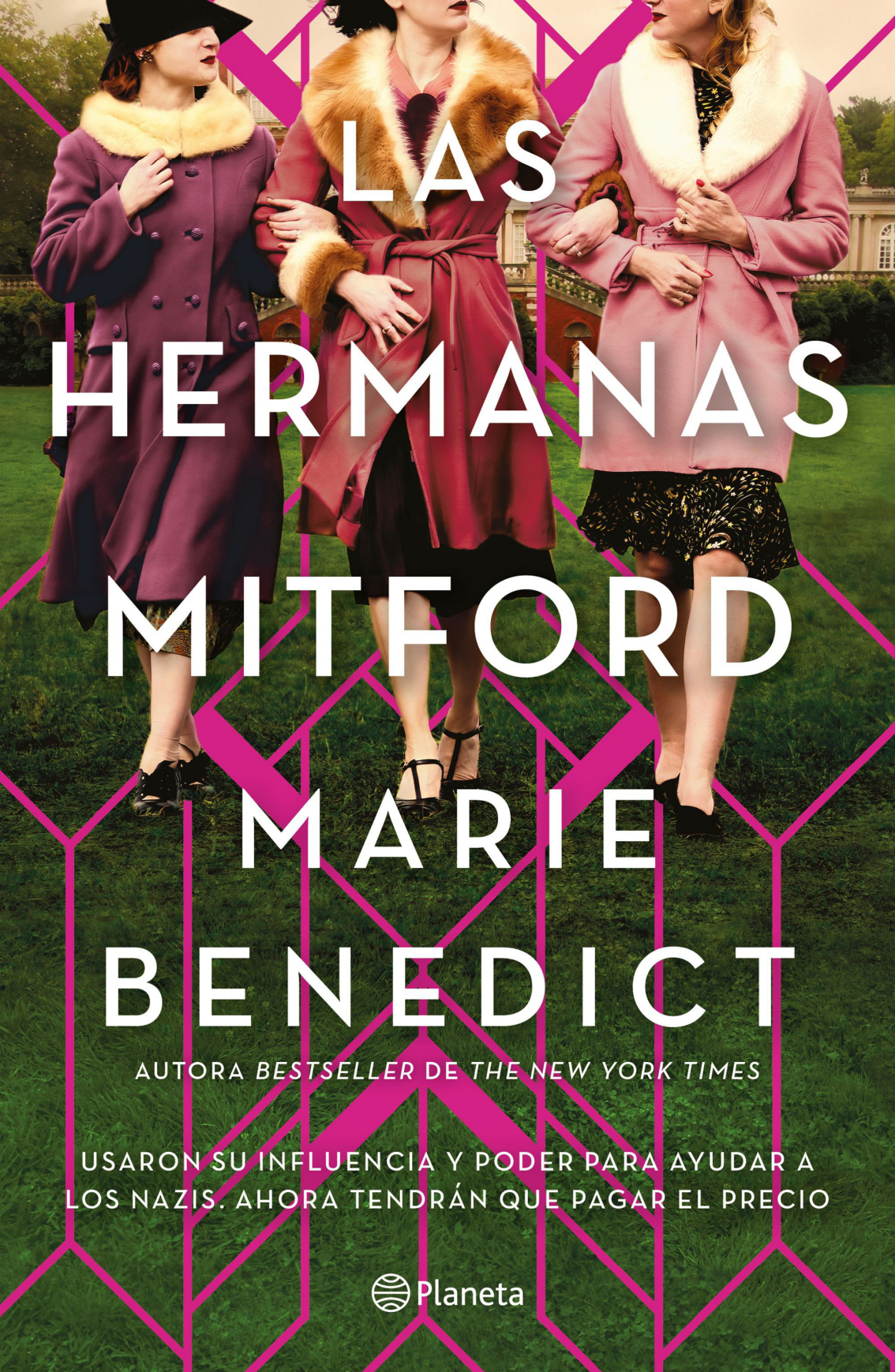




LAS HERMANAS MITFORD MARIE BENEDICT

AUTORA BESTSELLER DE THE NEW YORK TIMES

USARON SU INFLUENCIA Y PODER PARA AYUDAR A
LOS NAZIS. AHORA TENDRÁN QUE PAGAR EL PRECIO

 Planeta

MARIE BENEDICT

LAS HERMANAS MITFORD

Capítulo 1

Nancy

7 de julio de 1932

Londres, Inglaterra

El sonido suave de la sinfonía ondula por todo el salón de baile. Los sirvientes vierten champaña dorada en las copas de cristal cortado. La legendaria casa Cheyne Walk exuda perfección hasta en el último detalle, igual que su anfitriona.

En el centro del vasto salón de baile, se yergue su imponente figura escultural, en un vestido largo de seda platino, un tono que resalta sus ojos. Extiende los brazos cargados de diamantes para dar la bienvenida a sus invitados; irradia serenidad con una gracia imperturbable e irresistible. Si fuera cualquier otra persona, alguien a quien yo no conociera de manera tan íntima como me conozco a mí misma, pensaría que esa sonrisa de esfinge es una farsa o algo peor. Pero sé que ella es precisamente lo que aparenta, porque es Diana, mi hermana.

Aparto los ojos de ella y miro alrededor: el salón de mármol con sus muros dorados, resplandecientes, es lo suficientemente amplio para acoger, sin problema, a trescientos invitados. Las parejas de baile que se empiezan a formar parecen rayos de sol emanados de Diana. Es una constante desde nuestra infancia: ella siempre deslumbra al centro, y nosotras, sus hermanas, giramos a su alrededor como haces de luces. Y aunque la prensa nos considere a las seis

hermanas Mitford la esencia misma de los hijos rebeldes de la época victoriana, las *Bright Young Things*, ella es la estrella.

La velada es, en realidad, una celebración de la nueva y lujosa casa de Diana y de su apuesto y generoso marido, Bryan Guinness, quien ha organizado un baile para presentar en sociedad a una de nuestras hermanas menores, Unity. «¿Dónde se habrá metido Unity?», me pregunto al tiempo que recorro con la mirada el lugar abarrotado en busca de la joven, demasiado alta para sus dieciocho años. Nunca ha tolerado las reglas sociales impuestas, y al parecer ahora está escondida, en lugar de aceptar con entusiasmo la atención esperada en su honor. Por fin la veo; está oculta en un rincón oscuro, en profunda conversación con nuestra hermana Pamela y nuestro único hermano varón, Tom, nuestro chico dorado. De mis seis hermanos, solo faltan Jessica y Deborah, pero todavía son muy jóvenes para participar en eventos sociales.

Aunque finge escuchar, es obvio que Unity observa a los otros invitados en lugar de poner atención a Tom y a Pamela. Al menos aquí, en Cheyne Walk, no tendrá que hacer una doble reverencia y retirarse hacia atrás, como tuvo que hacerlo frente al rey y la reina cuando salimos del palacio de Buckingham. Pobre Bobo —así la llamamos entre nosotros—, no es conocida por su gracia; todas las hermanas nos tomamos de las manos y contuvimos el aliento hasta que terminó el acto sin tropezar y catapultarse hasta el regazo de Sus Majestades. Incluso en ese momento, apenas pudo llevar a cabo la hazaña sin dar varias zancadas torpes y un primer paso hacia atrás en el que su tacón se atoró con el dobladillo de la falda y lanzó un horrible rasguído por todo el famoso salón de presentaciones.

Un destello plateado cruza el salón de baile y observo cómo Diana se contonea entre la multitud. Pienso en cuánto se parecen Diana y Unity a la distancia; ambas poseen rasgos imprecisos, son altas y sus cabellos rubios resplandecen por igual. Aunque en un examen más minucioso, no son tan similares; Diana lleva

un vestido plateado sin costuras mientras que el de Unity es gris y blanco, el cual, al parecer, no es de su talla, a pesar de las varias visitas al sastre. Por millonésima vez, agradezco haber nacido con cabello negro azabache y ojos del mismo color; jamás me gustaría ser comparada con Diana y resultar en desventaja.

La música se detiene y veo a Evelyn Waugh al otro lado del salón. Siento satisfacción y calidez al ver a mi querido amigo. Sólo la presencia de mi prometido, no oficial, podría brindarme más alegría, pero sé que es imposible, porque Hamish se declaró indispuesto para asistir a este evento, dándoles así otra razón a mis padres, a quienes llamamos Muv y Farve, para que les desagrade aún más, puesto que, aunque hace varios años establecimos nuestro compromiso, no se ha anunciado.

—¿Qué planes pudo hacer tu condenado prometido, que le impidieron asistir al baile de la hermana de su prometida? —preguntó Farve en voz alta, usando un término peyorativo

En mis peores momentos me pregunto si no debí haber aceptado la propuesta de sir Hugh Smiley; por banal que fuera, nuestro matrimonio me hubiera salvado de mis problemas financieros actuales y hubiera evitado las críticas constantes de Muv para que deje de deambular en sociedad de manera tan impropia, puesto que ya casi cumpla treinta años y sigo soltera.

Evelyn mira en mi dirección y alzo la mano para saludarlo; deseo que se una al grupo de amigos a mi lado. Estos hombres, entre los cuales están el poeta John Betjeman y el fotógrafo Cecil Beaton, son la familia que elegí. ¿Por qué no lo serían? Ellos adoran las cualidades que Muv y Farve desprecian en mí, y en la mayoría de los hombres de mi entorno; se deleitan con mis comentarios informados e ingeniosos, en particular si son inapropiados. Es el único grupo al que siento que pertenezco. Por supuesto que Farve desprecia a estos *dandis*. Incluso entre mis cinco hermanas, siempre he sido una suerte de extranjera. Ellas acostumbraban formar parejas o hacer equipos; en la infancia, Jessica con Unity, Pamela

con Deborah y Diana con Tom, como los gemelos dorados, y a menudo yo me quedaba sola.

Antes de mostrar una sonrisa radiante de saludo para Evelyn, paso la lengua por mis dientes para asegurarme de que no están manchados de lápiz labial rojo intenso. Me aliso el vestido y repaso en mi mente algunas ocurrencias que seleccioné para él desde la última vez que nos vimos. Todo debe ser perfecto; ninguno de nosotros quiere arriesgarse a la censura cómica, si bien mordaz, de Evelyn. Es divertidísimo si la esgrime contra quienes no pertenecen a nuestro círculo, pero mucho menos si es en contra nuestra.

Pero Evelyn no se acerca. De hecho, cambia de dirección por completo, como si un imán lo condujera hacia Diana. Siento un vacío en el estómago y sé que es mi culpa. Alguna vez Evelyn fue sólo mi amigo, pero cuando investigaba para escribir un libro sobre las fechorías de la alta sociedad, me pidió que le presentara a Diana, cuya belleza y carisma la habían convertido en una estrella durante la temporada de debutantes y en materia para los periodistas. Fue así como los presenté en una fiesta tropical que ella y su marido organizaron en su barco, el *Friendship*.

No me preocupé porque sabía que Evelyn ya había decidido sentir antipatía por la joven pareja y convertirlos en protagonistas frívolos de su novela *Cuerpos viles*. Pero todo eso cambió cuando Evelyn sucumbió ante el hechizo de Diana. Ahora, maldita sea, está tan fascinado con ella que lo he sorprendido haciendo muecas de disgusto cuando me refiero a mi hermana con el apodo con el que la llamo desde la infancia: Bodley, una referencia al nombre de la casa editorial Bodley Head, porque su cabeza siempre fue más grande que su cuerpo. Esta pequeña imperfección es casi imperceptible para las demás personas porque su belleza es abrumadora.

Desvío rápidamente la mirada, porque no quiero que Evelyn o los otros se den cuenta de que lo observo. Mirar fijamente y boquiabierto es algo que no se hace, es señal de una debilidad inaceptable. Para ocultar mi error, exclamo:

—Parece que el viaje de *lady* Tennant a Baden no le brindó la cura que tanto publicitan las termas.

Aunque esto provoca las risitas disimuladas, me odio por caer tan bajo para lograrlas. A veces deseo contar con más armas que mi lengua y pluma mordaces. En ese momento, mis amigos contribuyen con sus propias observaciones, cada uno más malicioso que el anterior, hasta que empiezo a llorar de risa. Me enjugo los ojos y en ese momento me doy cuenta de lo que sucede: Diana está en el centro de un grupo de hombres, algo muy común, pero su mirada no se detiene en ninguno de ellos, ni siquiera en su cariñoso y multimillonario marido. Esos ojos suyos plateados, incandescentes, están fijos al otro lado del abarrotado salón de baile, sobre la última persona que hubiera esperado.

Capítulo 2

Diana

7 de julio de 1932

Londres, Inglaterra

Diana se aparta de esa mirada y vuelve a la multitud. Sus invitados le abren camino, algunos de ellos se acercan a estrechar su mano o besarla en la mejilla. Las yemas de algunos dedos rozan su deslumbrante vestido plateado. Si creyera en la falsa modestia, podría decirse a sí misma que la buscan sólo porque es la anfitriona de este evento fastuoso, en el que los miembros de su familia y sus amigos de la sociedad se reúnen con otros jóvenes considerados *Bright Young Things*. Pero nunca fue muy buena con esas falsedades; ella es Diana Mitford Guinness y el mundo simplemente está a su disposición.

Entre la cacofonía de voces, escucha a Winston Churchill, el esposo de la prima Clementine, que habla de la pintura al óleo de Stanley Spencer que ella colgó en una pared. Al parecer, su descripción del monumento conmemorativo de la guerra de Cookham es equivocada, algo que sólo el viejo Winnie puede saber. Diana ignora la fanfarronada, algo poco habitual en ella porque, en general, las reflexiones políticas de Churchill le parecen interesantes, aunque desagradables. También ignora la aguda réplica de su hijo, Randolph Churchill; él es un gran amigo de Tom, su único y amado hermano. Siempre sospechó que Randolph la encontraba atractiva.

Su apuesto y devoto esposo se acerca a ella. Consciente de lo despampanantes que se ven juntos, Diana levanta los brazos cargados de pulseras de diamantes, para dar la señal a la sinfónica y a los bailarines. Se llena de energía conforme los músicos y los danzantes siguen su señal. Todo esto es suyo, piensa por un momento fugaz e incrédulo: la fabulosa casa Cheyne Walk, tan bien equipada, decorada con alfombras Aubusson, incluso en las recámaras de los niños; la propiedad provincial del siglo XVIII, en Biddlesden, donde acogen a muchos familiares y amigos en temporada; sus dos maravillosos hijos, Jonathan y Desmond, a quienes amó desesperadamente desde el momento en que llegaron al mundo entre llantos; y por supuesto su marido, Bryan, heredero de la fortuna de la cervecera Guinness y de una baronía, así como verdaderas manadas de amigos, familiares y conocidos, siempre dispuestos.

A pesar de tener todo esto, ¿por qué está tan terriblemente aburrida? No todo el tiempo, claro. Algunos destellos pasajeros de júbilo se presentan en forma de distracciones como ésta y en las ocurrencias de amigos queridos como Evelyn Waugh. En ocasiones, leerles un cuento a sus hijos antes de dormir le produce satisfacción, pero una profunda sensación de falta de sentido y un malestar impregnan su vida.

«No te preocupes», se dice Diana. «Qué poco apropiado es pensar en eso». No tiene derecho a estar aburrida. Justo al otro lado de la reja de su casa hay londinenses que están al borde de la desesperación, fingiendo que admiran la ropa elegante de las damas de sociedad que entran y salen de la fiesta, pero, en realidad, sólo están ahí para compartir su indignación por el exceso, la fiesta ostentosa de cara a la crisis mundial. ¿Cómo se atreven, ella y Bryan, a dilapidar su fortuna en fiestas y compras sin sentido, mientras tanta gente tiene dificultades y muere de hambre por la falta de empleo?

Las personas creen que ella no se da cuenta; o peor aún, que no le interesa el mensaje de estas multitudes, pero no es así. Diana sabe con exactitud cuánta gente está reunida allá afuera y qué

es lo que quieren. La belleza no es un obstáculo ni una anteojera frente la verdad. Pero, ¿qué se supone que debe hacer? Incluso los hombres que conoce no están preparados para entrar de lleno en la fisura y apuntalar esta sociedad que lucha para mantenerse a flote. Ni siquiera Bryan, quien tiene el dinero, los medios, los contactos y el intelecto para marcar la diferencia; es un aspecto que le desagrada de él.

Conforme la música se apaga, siente otra vez que el director de orquesta y los bailarines dirigen su atención hacia ella. Diana casi olvida que la pista de baile se ha detenido en espera de que ella indique la siguiente danza. Levanta de nuevo el brazo y el salón se anima, como si despertara de un duermevela colectivo. Los instrumentos tocan y los bailarines ondean al lado de Bryan, Evelyn y unos pocos elegidos del círculo íntimo que están en el centro de la pista con ella. Entonces Diana lo ve: tiene el cabello y los ojos oscuros, y la mira fijamente desde el extremo opuesto del salón; su mirada no vacila, ni siquiera cuando una pareja gira brusca y peligrosamente cerca de él. Diana se ruboriza al verlo, nunca creyó que viniera: Oswald Mosley, su M. Ella desvía su mirada, esta vez más tiempo que la última. De pronto, por primera vez en mucho tiempo, se siente viva, muy viva.

Capítulo 3

Unity

7 de julio de 1932

Londres, Inglaterra

Unity hubiera querido traer a su rata al baile. Ratular hubiera cabido muy bien en su bolso y hubiera sido tema de conversación durante los silencios incómodos, que inevitablemente sucedían. No es que la pequeña mascota hubiera tenido la oportunidad de actuar; de hecho, nadie parece estar interesado en llenar su tarjeta de baile, aunque la celebración en Cheyne Walk sea en su honor, ¡por el amor de Dios! Sin embargo, Ratular, con su suave pelaje y bigotes rasposos, al menos le hubiera proporcionado el consuelo que tanto necesita. Cuánto desea poder meterse debajo de la mesa más cercana, como lo hace en casa cuando el ambiente se pone demasiado tenso.

Siente una opresión incómoda, así que tira el bretel de su vestido Hartnell gris y blanco que Diana mandó a diseñar especialmente para ella, para esta noche; no quería que se pusiera su único vestido de baile, el que usó en su presentación en el palacio de Buckingham con el nuevo abrigo de pieles; todo fue cortesía de Diana, por supuesto. Nadie más en su familia tiene una sola libra sobrante. Unity piensa que Diana ha sido una verdadera santa por su apoyo durante esta horrible temporada de debutantes. Mucho más servicial que sus otras hermanas; aunque su favorita,

Jessica, a quien todos llaman Decca, no podía hacer mucho porque era demasiado joven como para entrar en sociedad. Pero, ¿y Nancy? Unity observó a su hermana mayor; como de costumbre, está ocupada con sus amigos inteligentes, con quienes nunca la deja hablar.

¡Maldición!, ¿Nina Sturdee es la que está parada cerca de Nancy? Unity se estremece. Lo último que necesita en este momento es una conversación con una de sus compañeras de clase de la corta época que pasó en la escuela Queen's Gate, o incluso de St. Margaret. Alguna chica odiosa que pudiera recordar que los profesores consideraron que Unity no se adaptaba a la institución y que *recomendaron* a Farve y a Muv que se la llevaran a casa, para gran disgusto de estos últimos. Hace mucho tiempo que Unity sabe que la única razón por la que Muv ha hecho una excepción a su insistencia de que las niñas debían educarse en casa era porque necesitaba descansar de la *originalidad* de Unity, como ella la llamaba. Pero ahora, más que nunca, lo único que desea es integrarse, o sobresalir de manera respetable, incluso atractivamente, como se supone que debe hacerlo. Que no es poca cosa cuando mides casi un metro ochenta.

En ese momento, ve que Diana se dirige a un rincón del salón, donde un grupo de jóvenes bebe como si su vida dependiera de ello. Cuando se inclina hacia el más alto y desgarbado de ellos y le murmura algo al oído, Unity advierte cómo los otros tres se paralizan. Es como si la sola presencia de Diana entre ellos hubiera bajado la temperatura al nivel del Ártico. Cómo le gustaría a Unity tener ese efecto en los hombres. O en un hombre en particular.

El joven alto y desgarbado se separa de sus amigos —Unity advierte que lo hace un poco renuente— y camina hacia donde está ella. Él sonríe y, conforme se acerca, ella debe recordar no devolverle esa sonrisa. Los empastes de sus incisivos superiores hacen que sus dientes parezcan grises y su sonrisa, amenazadora; más como una mueca.

Los cornos y los violines empiezan a sonar cuando él pregunta:
—¿Me concedes este baile?

Ella acepta, consciente de su dentadura; está ansiosa por moverse hacia las luces más tenues de la pista de baile antes de hablar. Empiezan a girar por toda la pista y ella se siente agradecida con Diana por haber elegido a alguien más alto. Aparte de las fiestas recientes en su casa y de tres bailes, su experiencia en esta actividad se limita a sus dos clases semanales las que Muv insistió, así que no está segura de lo armoniosos que serían sus pasos si su pareja fuera más baja que ella.

—¿Qué tipo de música te gusta? —pregunta él.

Es el tipo de pregunta que su maestro de baile sugirió como conversación apropiada. Le hubiera gustado hacerla primero.

—Tengo una debilidad especial por la ópera —responde con honestidad, incapaz de fingir las respuestas aceptables que le recomendó su instructor. Este error la pone nerviosa y por eso empieza a hablar sin parar—. Sobre todo las obras alemanas. Mis abuelos fueron muy buenos amigos de la familia del compositor Richard Wagner, por eso mis padres me pusieron Valkiria como segundo nombre.

Él permanece impávido; en ningún sentido su expresión refleja la fascinación que ella hubiera esperado. ¿Será posible que no sepa quién es Wagner?, ¿que no conozca su importancia, reconocida en todo el mundo? Quizá necesita más información.

—En honor a su ópera más famosa, *El anillo del Nibelungo* —agrega.

—Ah... —responde él—, interesante.

Por su tono, ella sabe que su conversación no es interesante, incluso la encuentra muy aburrida. Entonces, intenta cambiar de tema.

—¿Te gustan las ratas?

Él se aparta de ella y la mira fijamente a la cara, sin dejar de bailar, por lo que ella continúa con los pasos. Después de todo, se

están acercando mucho a Diana y Unity no quiere decepcionar a su querida hermana.

Cuando giran hasta quedar lo suficientemente cerca como para tocar a Diana y Unity la mira en busca de una señal de aprobación, se da cuenta de que su hermana es ajena a su presencia. Diana está absorta en una conversación con un hombre que le parece familiar, pero que en ese momento no puede ubicar... y están muy cerca, tanto que parece inapropiado. Sin embargo, de pronto recuerda su nombre: «es ese hombre de mundo, el fascista, como lo llama Farve, sir Oswald Mosley. ¿Por qué demonios Diana habla con él y tan cerca?».